

NICOLÁS BRAVO.

Generoso y leal, noble y valiente,
 Combatió por la patria esclavizada,
 Siendo en su diestra la guerrera espada,
 Para el tirano, rayo omnipotente.

Del gran Morelos ínclito teniente,
 Supo alcanzar en desigual jornada
 Más de una vez la gloria señalada
 De ceñir los laureles á su frente.

En la batalla, intrépido soldado,
 Ejemplo fué de arrojo y de vehemencia
 Hasta adquirir el triunfo ambicionado.

Después de la victoria, la clemencia
 Que brota de su pecho lastimado,
 Para mostrar lo puro de su esencia.

México, 1886.

EDUARDO DEL VALLE.

BRAVO EN 1812.

Entiendo que ya se ha dicho, y es una verdad fácilmente demostrable, que la acción sublime de D. Nicolás Bravo, de libertar á trescientos prisioneros españoles al recibir la noticia de que su padre había sido ignominiosamente ejecutado por orden del gobierno vireinal, no tiene paralelo en la Historia, y levanta al héroe mexicano encima de los más esclarecidos héroes antiguos y modernos. No hay en esto exageración alguna. Basta para convencerse de ello, recordar ligeramente las circunstancias del hecho que dió á Bravo tan alto renombre entre naturales y extranjeros, entre amigos y enemigos, comparándolo de preferencia con algunos de los más celebrados en la Historia romana ó la española.

Consideremos, en primer lugar, los móviles que podían obrar en el ánimo de nuestro héroe, las pasiones que en él debían ejercer su influjo.

Bravo tenía, para ejecutar á sus prisioneros, que conservaba en su poder como garantía de la vida de su padre, cuantas sugerencias pudieran arrastrarlo á un acto en apariencia de la más legítima represalia, y cuantas excusas pudiera encontrar en los más nobles sentimientos. Tenía el natural deseo de venganza contra el enemigo, pasión terriblemente exaltada por el amor, por el culto que consagraba á un padre tan venerable, tan querido como para él lo era D. Leonardo. Tenía hasta el remordimiento de haberle tal vez causado la muerte, rechazando, por dignidad y adhesión á su bandera (ó desconfiando de la buena fe con que se le proponía), el indulto que le ofreció el Virey, con la amenaza de que, si lo rehusaba, su padre sería ejecutado en México. Tenía (ó así podía figurárselo) la necesidad ineludible de dar al mundo entero una satisfacción, una prueba de que amaba tiernamente á su padre, de que no estimaba en poco la vida del anciano, por más que la ofreciese en aras del honor y de la patria; una prueba de que resentía en lo más íntimo del alma el rudo golpe que le asestaba su enemigo; y para ello era preciso mostrar ente-

reza varonil, vigor, indignacion sin límites, ahogando en torrentes de sangre el remordimiento, la ira, la horrible pesadumbre.

Tenia Bravo la sugestion del patriotismo, que le mostraba como un acto meritorio el sacrificio de sus contrarios, conforme á las leyes, bárbaras sin duda, pero admitidas en la guerra para los casos de represalia y de rehenes. Y él no era un moralista, ni un filósofo, ni un santo; era sólo un guerrero, un patriota, un hijo enloquecido por el dolor.

Tenia, por último, aun la excusa de la disciplina militar y el justísimo temor de disgustar á su jefe, el gran Morelos, quien (por sentimientos y consideraciones de índole diversa) le daba la orden terminante de fusilar á aquellos españoles. ¿Qué más necesitaba para hacerlo? ¿Qué más queria para excusar y hacer plausible esa conducta, y para justificarla á los ojos de la humanidad? ¿Quién podia hacerle cargo de ella? Nadie, nadie más que su noble corazon, que enternecido y sangrando al presentársele como en un espejo la agonía, las postreras angustias de su padre en el garrote, retrocede horrorizado ante la idea de nuevas crueldades, de hecatombes sangrientas é inhumanas. Y lucha Bravo, y resiste en aquella noche tremenda precursora del fusilamiento en masa de los prisioneros, ordenado por él para el siguiente dia. ¿Cómo evitarlo? Debían arrastrarlo sus instintos de guerrero, avezado á la sangre, al furor del combate y á la muerte, que mil y mil veces desafiara, que habia visto dar y recibir en el combate y aun fuera de la accion, en medio de bárbaros tormentos, por hombres como fieras, indisciplinados ó crueles, por fanáticos del rey ó de la patria.

Mas no; en tan ardua pelea consigo mismo, entre el generoso instinto de su esforzado corazon y sus hábitos de insurgente, de guerrillero de aquella época ruda y estragosa, con los impulsos é ideas entónces dominantes, dejó Bravo al fin que triunfase el corazon; y en la memoria de su padre ajusticiado, en ese acto de provocacion y de crueldad, no encontró aquel valiente la inspiracion del rencor ó la venganza, sino el dictado sublime de la misericordia. Diríase que en la soledad de aquella noche, en medio del silencio y las tinieblas, su mismo padre vino desde el cielo á sostenerlo en la lucha cuando ya flaqueaba, y se erigió en su presencia, no como la sombra de Banquo ó la de Hamlet, para anunciar venganza y muertes, sino como un ángel de luz que le inspiraba tierno, con mirada celestial, el desenlace divino del perdon.

Lo que pasó al dia siguiente de aquella noche memorable, de insomnio y tortura para el héroe, lo refiere así D. Lucas Alaman:

“Reservando, sin embargo (Bravo), su determinacion, mandó formar la tropa á las ocho de la mañana y sacar á los prisioneros como si la ejecucion

fuese á verificarse, y colocados éstos en el centro del cuadro, les manifestó que su padre habia perdido la vida en México en el cadalso, poniendo con tal hecho el Virey en riesgo la vida de todos ellos, pues habia recibido orden de Morelos de quitársela; pero que, muy léjos de ejecutarla, no sólo no llevaria á efecto la sentencia que les habia hecho saber, sino que á todos los dejaba en libertad para que se fueran adonde les conviniese; lo que ellos, en el trasporte del más vivo reconocimiento por tan generosa conducta, rehusaron, quedándose á su servicio, excepto los pocos á quienes sus negocios obligaron á volver á Veracruz” (Historia de México, tomo III, pág. 260.)

Esta fiel narracion, con las calificaciones que envuelve, hechas por un historiador nada inclinado al elogio de los insurgentes de 1812, se halla confirmada por una carta del mismo Bravo, que el autor publica en su apéndice. (Doc. núm. 5.)

Prieto, nuestro inspirado cantor patriótico, en su “Romancero Nacional” pinta aquella escena sublime del modo siguiente:

“En fila extensa, junto al ancho rio,
Esperan los dolientes extranjeros
Llegue la mano del destino impío;
Rasgan el aire acentos lastimeros;
Bravo no es dueño ya de su albedrío,
Habla su corazon y “¡Prisioneros!—
Clama en resuelto y conmovido tono—
En nombre de mi padre yo os perdono.”

Tal fué el hecho glorioso, para México y para la humanidad entera, que con legítimo orgullo podemos señalar los mexicanos en uno de nuestros héroes. Imposible parece que haya habido compatriotas nuestros que se complacieran en negarlo ó rebajar su mérito; pero á tanto suele arrastrar la pasion de partido, la cual no sólo atropella con lo que aconseja el patriotismo, sino aun con lo que estrictamente se deba á la justicia. Da pena ver que D. Lorenzo de Zavala, sin referir el hecho más que de un modo incidental, lo califique así en tono sarcástico: “Virtud (exclama) digna de un santo padre de la Iglesia, pero falta notable de un general, que podia sacar mayores ventajas de los enemigos canjeándolos con otros, ó armándolos en sus filas.” (Ensayo sobre las Revoluciones de México, tomo I, cap. VIII, pág. 147.) En su ceguedad ni siquiera advierte Zavala que Bravo sacó la ventaja, que él insinúa, de armar en sus filas á los prisioneros, y no por la fuerza, sino por la voluntad entusiasta de ellos mismos, que así se convirtieron en sus más fieles servidores,

sin los inconvenientes de un soldado que odia á su jefe y la causa á cuya defensa se le obliga.

Don José María Luis Mora, más imparcial y sólido que el inteligente, si bien muy apasionado yucateco, se expresa en el particular como sigue: "El espíritu de partido ha querido disminuir el mérito de esta accion, suponiendo gratuitamente ser un puro efecto de vanidad. Nada hay que pueda acreditar semejante suposición; pero aun cuando ella fuese cierta, la accion no seria por esto ménos heroica ni humana, en un hombre que acababa de saber la muerte de su propio padre; que debia suponerse animado de la venganza tan natural en casos semejantes, y á la cual supo sobreponerse; en un hombre, finalmente, que se hallaba rodeado de otros que habian erigido en principio el supuesto derecho de represalias, y lo aplicaban por el uso frecuente de ejecuciones sangrientas." (México y sus Revoluciones, tomo 4º, pág. 382.)

Veamos ya otros hechos que por su heroicidad y grandeza pudieran compararse en la Historia con el que ahora nos ocupa. Apénas deberiamos aludir al de Mucio Scévola, quemándose el brazo por haber errado el golpe al rey de los etruscos; primero, porque se duda de la autenticidad del suceso, y segundo, porque, suponiéndolo acaecido, sólo prueba resistencia inaudita al dolor físico, y es un acto de crueldad consigo mismo sin objeto y sin razon, un rasgo de despecho brutal por el malogro de un asesinato; que eso fué lo intentado contra Porsenna, aun cuando tuviese un fin noble y atenuara su fealdad la audacia del asesino. No es posible detenerse á comparar un acto de ferocidad insana, por más que su autor buscara la salvacion de Roma, con un arranque de generosidad que halaga, en vez de herir, los sentimientos humanos.

El otro hecho que vamos á considerar es el de Bruto, condenando y haciendo ejecutar en su presencia á sus propios hijos por conspiradores. Esto nos admira y sorprende, no tanto porque revela una acendrada devocion á la república, cuanto porque nos parece, sentimos, que encierra algo de contranatural. El amor á la patria se funda en el cariño á los nuestros, en el amor á la familia. No podemos concebirlo como superior á este último, sino hermanándolo con la sumision absoluta, el respeto supremo á la justicia. Ciertamente en el caso de Bruto existian, al parecer, esos nobles sentimientos para justificar su accion; pero, cuando ménos, seria siempre posible dudar sobre el origen de semejante fanatismo patriótico, atribuyéndolo á las pasiones que ordinariamente lo engendran, la ambicion y el orgullo, cuando no sea los rencores de partido.

No quiero decir que esos móviles fueran precisamente los de Bruto, y re-

conozco que la admiracion de la antigüedad á tan severo republicano descansa en sólidos fundamentos. Lo que sostengo es que el género de afectos revelados en la sentencia que pronunció contra sus hijos, y á cuya ejecucion se complació en estar presente, se presta á diversas interpretaciones, no todas en honra y gloria de aquel varon insigne. La prueba es que Virgilio, no obstante su entusiasmo poético, atribuye en parte el inhumano proceder de Bruto al deseo inmediato de alabanzas:

"Vincet amor patriæ, laudumque immensa cupido."

(En. libro VI, verso 823.)

Nada de esto sucede con la conducta de Bravo libertando á sus prisioneros. En ella todo es claro, todo puro y hermoso: se ven, casi se palpan los móviles que lo impulsaron, y no se descubre uno solo bastardo ó ruin, ni un solo impulso egoista ó de mero interes personal. No puede suponérsele ni aun el de la ambicion de gloria (bien que fuese tan legítimo), porque era muy dudoso que la alcanzara con un rasgo de clemencia, en aquel período de exaltacion y ciegas atrocidades de uno y otro bando. Tampoco pudo tener la mira de rivalizar con Morelos, puesto que la gran preponderancia de aquel genio, exclusivamente guerrero, no habia de disminuir por medios semejantes. Lo único que Bravo podia esperar de su conducta, era el enojo terrible de su jefe, provocado por su desobediencia.

Incuestionables el desinterés y la magnanimidad de Bravo, su accion brilla y atrae más que la de Bruto, tambien por otra razon, y es que el dulce mérito de la piedad siempre ha de sobreponerse en el concepto de los hombres, siempre ha de mover más el corazon, cautivando mejor las simpatías generales, que el frio y austero interes de la justicia. Esta nos infunde respeto, en tanto que el otro nos arrebatata. Hé aquí por qué Bravo, perdonando á sus contrarios generosamente, se presenta con mejores títulos á los ojos de la humanidad, que Bruto gozándose en el sacrificio de sus hijos por la justicia y el bien público. La sublimidad del primero es la del cristiano, volviendo bien por mal á sus enemigos; la del segundo es la del hebreo, castigando á los impíos sin distincion, hombres, mujeres y niños, en nombre de la ley y de Jehová. Y así como se reconoce la superioridad del Evangelio sobre la ley mosaica, ó sobre la moral de los filósofos gentiles, así tambien debe reconocerse que nuestro héroe cristiano descuella sobre los paganos sus predecesores.

Vamos ahora á examinar otro caso de heroicidad sublime, y éste ya de la historia moderna: el grande hombre que en él figura se llamó Guzman el

Bueno. Durante el cerco de Tarifa por Don Juan, sublevado contra su hermano el rey Don Sancho IV, y á la cabeza de un ejército de moros, propúsole el sitiado que entregase la villa, ó de lo contrario mataria á un hijo suyo que tenia prisionero. Pérez de Guzman le contestó indignado que no lo haria, aunque muriese al punto su hijo, y le arrojó su daga para que, si era necesario, con ella le diese muerte. Rasgo ciertamente admirable, que yo no tildaré de feroz, no obstante que, segun D. José Quintana, otros han tenido el atrevimiento de hacerlo. Por mi parte creo que el ilustre biógrafo ha sabido vindicar á su héroe de la nota de ferocidad; pero indudablemente el hecho es de la clase á que pertenece el de Bruto, que acabamos de tomar en cuenta.

Ambos demuestran, si se quiere, un profundo y acalorado sentimiento del deber, completo fanatismo por la causa que sus autores defendian, bien marcado en la divisa que adoptaron los descendientes de Guzman: "Más pesa el rey que la sangre." Probarán igualmente esos hechos un temple de alma superior, verdaderamente heroico; mas —ya lo advertimos en el caso de Bruto— tienen los dos algo de inhumano y contrario á la naturaleza. Justifícanse sólo por el levantado fin que, con más ó ménos razon, se supone en quienes los ejecutaron; pero en sí mismos son harto duros y violentos, demasiado opuestos al modo de sentir de todo padre, de todo hombre, para poder compararse con la accion humana y generosa de un Bravo; accion cuyo mérito se halla á nuestro alcance, que nos halaga y conmueve, porque no contradice ningun sentimiento natural, sino, al contrario, los concilia todos, simpatizando con los afectos más puros y nobles de nuestra alma.

El rasgo de Alfonso Pérez de Guzman, sacrificando la vida de su hijo á un deber militar y patriótico, tiene su paralelo en el de Bravo haciendo el sacrificio de su padre por dar cumplimiento al mismo deber, que le dictaba rehusar el indulto, no obstante que Morelos le diera el permiso de aceptarlo. Hasta aquí no existe marcada diferencia entre los dos héroes, y sus dos hechos principales á que me refiero, guardan entre sí notable semejanza. La guardan tambien con los otros que he citado anteriormente y con otros más, igualmente encomiados en la historia por advertirse en ellos grande energía moral ó entusiasta abnegacion en favor de una causa.

Hay en la historia de Inglaterra un episodio no ménos, quizá más sorprendente que el del español Guzman, supuesto que en él brillan dos héroes á un tiempo, siendo uno de ellos un jovencito de diez y seis años. Voy á recordarlo, ya que entre nosotros no es muy conocido, y ejemplos de esta especie causan siempre en nuestros corazones una impresion tan dulce como saludable. Trátase igualmente de un sitio, el de Colchester, célebre por la tenaz resisten-

cia de los sitiados. Fairfax, general del ejército del Parlamento, cita á Lord Capel, defensor de la ciudad, á una conferencia. En ella agota inútilmente los medios de seduccion, y al fin hace salir al hijo único de Capel entre soldados, uno de los cuales tiene un puñal desnudo sobre el pecho del niño, á quien amenaza con muerte inmediata si no consigue de su padre que entregue la plaza. "Padre mio (exclama el hijo), este hombre no me arrancará una palabra contraria á los sentimientos que me habeis inspirado. Dejad que me asesine; moriré digno de mi padre." Capel le contestó llorando: "Sabes cuánto te amo, hijo mio; pero me deshonoraria, deshonrándote tambien, si por tu causa traicionase á mi Dios, mi rey y mis juramentos." Y se retiró al instante. Al advertir el efecto que en sus subordinados produjo esta escena, Fairfax respetó la vida del mancebo.

Este género de heroicidades, sin embargo, se avenia perfectamente con el paganismo, y en su tiempo era inspirado por la filosofía estóica, cuyo principal triunfo consistia en infundir á sus adeptos desprecio absoluto al dolor y la muerte; mas no sólo á la muerte y los sufrimientos propios, sino tambien á los ajenos, porque no conocia la piedad. Ahí está la diferencia entre ese heroismo y el apoyado en el Evangelio, que hace de la caridad la base de todas las virtudes, la condicion indispensable de toda bondad y grandeza. Así es como Jesus vino á dulcificar entre los hombres lo que tenia de duro y, por decirlo así, brutal la heroicidad antigua, la de aquellos gentiles con entrañas de pantera, que se complacian en los espectáculos del Circo, en la carnicería de los tigres devorando á los cristianos.

¿Y qué—se dirá—no hay en los anales de otros pueblos un rasgo de magnanimidad ó clemencia tan desinteresado y meritorio como el de Bravo? Será tal vez por mi ignorancia; pero yo no encuentro ninguno que le sea comparable en mérito moral, elevacion y pureza. Ni los más celebrados de César que motivaron en Roma la ereccion de un templo á la Clemencia; ni los de Tito, que hicieron llamar su reinado *las delicias de la humanidad*; ni los del virtuoso Marco Aurelio; ni los de Luis IX el Santo; ni los de Luis XII, apellidado *padre del pueblo* en Francia; ni los semifabulosos de Tancredo, ó los de d'Orte y Montmorin, el primero perdonando miles de prisioneros musulmanes, y los segundos multitud de protestantes que tenian la órden de sacrificar; ninguno puede competir con el que distinguió á nuestro héroe, porque para ninguno de ellos fué preciso (ó al ménos no se sabe que lo fuera) vencer tantos y tan poderosos obstáculos como en el corazon de Bravo se oponian al perdon de sus prisioneros.

Si el heroismo consiste en vencer obstáculos inmensos para dar el triunfo

al bien con la menor mezcla de mal posible, entónces no cabe duda en que Bravo se mostró más heróico que Scévola, y que Bruto ó Guzman, ó Lord Capel. Aun puede asegurarse, que bajo cierto aspecto, lo fué más que el mismo Colon lanzándose á un mar poblado sólo de peligros y de espantos; más que Hernán Cortés quemando sus naves para obligarse á morir ó vencer. Estos son rasgos de intrepidez admirables, sublimes; pero no importan al mismo tiempo un acto de virtud, pues pudieran ser efecto de una ambicion desenfrenada de gloria ó de poder, resultados de un móvil que á los ojos de rígida moral fuese merecedor de censura. "La raíz del mal se halla en la vanidad (dice un escritor elocuente), y la raíz del bien en la caridad; de suerte que las pasiones viciosas son siempre un compuesto de orgullo, y las pasiones virtuosas un compuesto de amor."

Convengamos en que si los indicados y otros semejantes, son los más heróicos hechos de que se envanece la Historia, no hay ninguno, al ménos en su especie, que pueda rivalizar con el de Bravo, ni en mérito moral ni en condiciones para despertar un entusiasmo puro y virtuoso.

Hoy, al cumplirse una centuria desde el nacimiento de Bravo, séanos permitido proclamar esta verdad ante el mundo entero. No será un arranque de vanidad mezquina, fundada en que el héroe nació en suelo mexicano; pues reconocemos que los grandes hombres, sobre todo los que descuellan por sus sentimientos generosos, pertenecen propiamente á la familia humana, y á toda ella la honran y ensalzan con sus hechos. Son como otros tantos oasis en medio del desierto, espantoso y árido, que ofrece á los ojos del filósofo la Historia, ese triste relato de opresiones, vicios y crueldades que afligen ó avergüenzan al filántropo. Personajes como D. Nicolás Bravo en 1812 reconcilian con la humanidad al misántropo más sombrío. Su noble figura se eleva sobre el campo de nuestra historia nacional como un coloso resplandeciente, como el verdadero símbolo de la virtud nombrada Fortaleza, feliz combinacion de valor y constancia ante el peligro con la magnanimidad y clemencia que tanto ilustran la victoria.

México, 1886.

IGNACIO MARISCAL.

VENGANZA DE INSURGENTE.

ROMANCE HERÓICO.

DOS PALABRAS.

Historiadores y cronistas, prosistas y romanceros están de acuerdo en que *el perdon de los trescientos prisioneros* del General Bravo se verificó en la villa de San Miguel de Medellin; y no pretendo destruir, ni siquiera refutar, lo que consignan la Historia y la tradicion; pero convenia á mis intereses de autor colocar la accion en otro lugar, para poder tributar un elogio á esos patriotas que en el rango de la clase de *tropa*, consuman actos de abnegacion y heroismo, y mueren distantes de su hogar y de su familia, sin que nadie les consagre despues un recuerdo; ¿y qué mejor ocasion que aquella en que se recuerda el nacimiento de un varon esclarecido? Quise tambien, como un homenaje á la memoria del magnánimo General D. NICOLÁS BRAVO, anatematizar la frecuente imposicion de la *pena de muerte*, que tan pródigamente vemos llevan á cabo desde el jefe más caracterizado hasta el último jefe de rurales, y esto sin observar los principios más elementales de un juicio, pues basta en muchos casos con la sola identificacion de la persona; ¿y qué mejor oportunidad que la de realizarse la glorificacion de un héroe que tuvo abnegacion bastante para sacrificar agravios propios en aras de la causa que defendia?

Por otra parte, si de los cantares del poeta no han de brotar sino simples relatos sin comentarios y la expresion de sentimientos y deseos propios, déjese la tarea á los formadores de crónicas y cierre su boca el que canta, pues no tiene derecho de importunar á la humanidad con sus lamentaciones, ni merece los honores de la rima aquello que puede ser dicho y admirado en buena